



Arte: Andrea Molina

En grupo descansan mejor. Duermen por turnos. Uno vigila. No se sabe cuál es porque están todos de pie. ¿Ves la ceniza en el resplandor de la ruta? La ceniza es como la alambrada. Te dice que hasta ahí llegaste. De noche es distinto, está suspendida. Creés que podés atravesarla. Pero resulta que no, y te engaña. Como el caballo que cuida a la tropilla y se duerme. Cómo saber que nadie te cuida.

El último testigo confirmó el incendio. El rancho se consumió en pocos minutos. Alrededor de la vivienda los pájaros hicieron un círculo. El fuego llegaba hasta ellos y no los tocaba. De los restos se elevó una única llama, perpendicular y perfecta. En el centro, una voz cautiva repetía: *no he criado caballos, los he quemado, los he hachado.*

Toda la leña  
arde en el campo  
del criador.

Todo el incendio  
es su marca  
y la luz es su hierro.

Arde el verde y el fuego

es una parda espesura.

Arde el negro y los caballos

borran sus relinchos con polvo.

Arde el blanco en el cuerpo

de mi madre negra.

Caballo, caballito,  
¿qué hicieron  
los pájaros esa noche?  
¿Ataron el fuego con  
la alambrada invisible  
de su canto?

Caballo, caballito  
que has apagado las velas  
contra tu cuerpo:  
mi madre ha tendido  
una cama de astilla  
al final del camino.

Es de cera oscura su sombra  
y se extiende hasta el sueño.

Rocío Pochettino nació en Río Tercero en 1982. Publicó *Glasé* (2009) y *Agua Florida* (2013). Estos poemas formaron parte de la antología *Órbita. Veintiuna poetas cordobesas* (2019).